

Méry: El Castillo de Udolfo (4)

John Lewing reconoció el lugar perfectamente. Hizo un cálculo del castillo y señaló con el dedo, en el espacio vacío, las salas derrumbadas donde habían transcurrido tantas escenas inauditas. Pudo indicar en el aire, con gran sagacidad, las parcelas donde había estado suspendido, en la cámara mortuoria, el lienzo pintado a la cera. Indicó en el vacío la nada donde había sido colgado y se estremeció. Se paseó por el corredor desaparecido, donde se habían escuchado tantos lamentos en la noche y se reconcentró, buscando retener algún eco de esos lamentos. Por todos lados lo seguían el pastor y su perro negro.

Llegaron hasta el pie de la torre: la puerta estaba defendida por zarzales erizados como caballos de frisia. John Lewing se abrió un pasaje a través de las espinas, dejando como rehenes jirones de su vestimenta. La escalera lucía totalmente carcomida, sombríamente iluminada por unos tragaluzes que habían sido practicados en el espesor del muro. Llegado al primer piso, el inglés ingresó al interior de una cámara que inmediatamente reconoció: se trataba de los aposentos de Emilia. El mobiliario se hallaba reducido a un lecho de madera y un colchón putrefacto. John Lewing besó ese lecho. «¡Oh, Valancourt!», exclamó entre lágrimas. También pudo distinguir, claramente sobre el muro, las iniciales V.E. pintadas con letras de sangre.

«La noche se avecina», le dijo el pastor con un acento melancólico.

— ¡Y a mí qué me importa! Es la noche aquello que invoco, lo único que espero — dijo el inglés —. ¿Cuándo terminará este odioso día? Detesto el sol.

— Pero debéis considerar, caballero, que no podremos regresar a Torrineri o Polderina en medio de la oscuridad.

— Me da igual. Aquí me acostaré.

El pastor retrocedió, horrorizado.

— ¿Dormireis aquí?

—Ciertamente. Aquí mismo, en el lecho de Emilia. ¡Oh, Valancourt!

— ¿Y dónde cenaréis?

—Jamás hago tal cosa. Iré a desayunar por la mañana, en Torrineri. Hacedme el favor de llevar mi caballo hasta el verde de las ruinas: beberá el rocío del crepúsculo. ¿No tenéis la fantasía de pasar la noche conmigo, supongo?

— ¡Dios me guarde!

— Haced de vos lo que queráis. Pero no olvidéis de encontraros mañana en Torrineri, en el albergue de... en fin, en el albergue, ya que es el único. Adiós, adiós, el que he osado llamar amigo mío.

El pastor y Lewing se estrecharon cordialmente las manos y el inglés quedó solo en el cuarto de Emilia. El pastor y su perro, inmediatamente desaparecieron por el camino hondo.

La noche cayó sobre las vastas ruinas, cubriéndolas con unas sombras transparentes que las hacían destacarse en medio de relieves espantosos. Cada masa de granito adoptaba una fisonomía bizarra en esa lívida claridad que caía del cielo estrellado, aunque nuboso. El verdor de los pinos, higueras salvajes, nogales y crecidas hierbas, se volvió tan negro como un crespón; era como un cementerio erizado de tumbas devastadas, cuyos epitafios se habían borrado bajo un velo

de musgo, saxifraga y liquen.

John Lewing contempló largamente, a través de sus lágrimas dichosas, aquel espectáculo para él tan conmovedor. «Qué agradable es pasar aquí las noches», se decía, «desde que la edad ha bronceado nuestra epidermis y nos ha arrebatado nuestras emociones. ¿No es esto preferible que jugar al wist en un club iluminado a gas? Pero, ¿en qué piensan los hombres que se entierran en esas salas estrechas, para intercambiarse entre sí unos floeos nauseabundos que ellos llaman el encanto de la conversación? ¡Los mortales están verdaderamente locos! ¡Oh, qué fatigosa resulta la existencia en medio de aquellas otras ruinas! ¿Qué sol es comparable con una noche como ésta? ¡Oh, Anne Radcliffe, insigne mujer! ¿Por qué no deberíais tener una tumba de honor en Westminster? Yo te prometo una de mármol negro.»

Una vez formulado ese voto, John Lewing se tendió completamente vestido sobre el lecho de Emilia. No con la vulgar intención de dormir sino de pensar, sumido en un piadoso recogimiento.

Y así meditó durante algunas horas, hasta que oyó con toda claridad sonar una campanada de reloj. Luego dos, luego tres, hasta llegar a escuchar las doce campanadas. ¡Medianoche!

Se incorporó en la cama y exclamó: «¡Vaya cosa singular! Esto no lo he soñado. Acabo de contar los sonos y la vibración resuena en la torre todavía. ¿Entonces, aquí hay un campanario?... Daría cien guineas por escucharlo una segunda vez.»

El campanario volvió a dar la medianoche.

«¡Muy bien!», dijo Lewing, «Me gustaría saber quien es el relojero que da marcha a este reloj». Y se puso a reír a carcajadas para hacer honor de su agudeza.

Su risa fue bruscamente interrumpida por unos sonidos melódicos que parecían brotar desde la base de la torre.

«¡Es el arpa de Laurencia!», exclamó Lewing, «la reconozco.» Y corrió hacia la ventana para ver y escuchar. El preludio del instrumento anunciaba una romanza. Una voz cantaba:

Oh, vos que supisteis mi alma alcanzar,
Mortal sensible y tan virtuoso,
Tened piedad de mi triste suplicio,
Socorred mi corazón y mis plegarias.
Querido amante, adorado mío,
Liberadme de mis tiranos;
Para execrar a aquellos que aborrezco
No me quedan más que cantos.

«Esos versos», dijo Lewing, «no son muy buenos. Pero yo pagaría voluntariamente por ellos una suma de quinientas guineas.» Mientras esto se decía, logró percibir con claridad que una sombra blanca resbalaba por entre las altas hierbas, al pie de la torre.

«Respetemos ese terrible misterio», dijo Lewing, «no nos corresponde ahondar en los hechos sobrenaturales, tal como refería la bella expresión de Anne Radcliffe en: *Julia, o Los subterráneos de Mazzini*.»

Continuará...

(*) JOSEPH MÉRY (1797-1866): «Le Château d'Udolphe», publicado en *Les nuits anglaises. Contes nocturnes* (Michel Lévy Frères, París, 1853).

Trad.: J.C.O.



Nº 21 - BUENOS AIRES/2018 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

Precursores.



ALFRED KUBIN.

La universidad, las academias, el periodismo y la ruinosa crítica del espectáculo siempre prefieren presentar al surrealismo como una expresión deshistorizada, descontextualizada o bien asignándole los límites más arbitrarios. Por comodidad, pereza o ignorancia, se concibe su trayectoria en un tiempo lineal, fragmentado en períodos estancos e irreversibles, del mismo modo que se pretenden ajustar las veleidades del espíritu, las flores perennes en los herbarios o los pájaros disecados tras las vitrinas de los museos. Se dice invariablemente: “Su existencia

se asigna al período comprendido entre las dos Guerras”, o “ha muerto Julien Gracq, el último surrealista”.

Y así, al tratarse de Miró, Duchamp o Giacometti, siempre se busca soslayar cualquier tipo de comentario que pueda sugerir que haya existido una pertenencia, adscripción, relaciones de proximidad o de parentesco con el surrealismo como movimiento.

El mismo tratamiento se aplica a los precursores: “El mundo del inconsciente, que él siempre llamará ‘de los sueños’, se vuelve fundamental en su obra, pero de manera muy diferente al surrealismo. El arte de Kubin crece al margen e ignorante de las vanguardias, con las que no tuvo contacto, de las que no participó” (Mariana Henríquez, *El reino soñado*, Radar libros, 10/XII/2017).

Ahora bien, el surrealismo nunca aspiró a ser una “vanguardia”, ni un “ismo”, ni un dogma. Los amantes de la libertad sin límites, no deberían alertarse ni expresar su desconfianza. En cuanto a la cuestión de los precursores, corresponde a los descendientes que nos revelen su procedencia y no al antepasado señalar a su posteridad. (J.C.O.)

Exquisitus cadavere in Londinium.

La especie fue obtenida el día 24 de febrero de 2018 en el «Kafe 1788», fundado por residentes haitianos en el East End de Londres, durante el transcurso de la exposición de pinturas y collages de Elva Jones y Paul Day (anfitriones).

Participantes del *cadavre exquis*: Paul Cowdell, Paul Day, Nacho Díaz, Merl Fluin, Patrick Hourihan, Elva Jones y Juan Carlos Otaño.



Catálogo de «Arqueología de la esperanza».

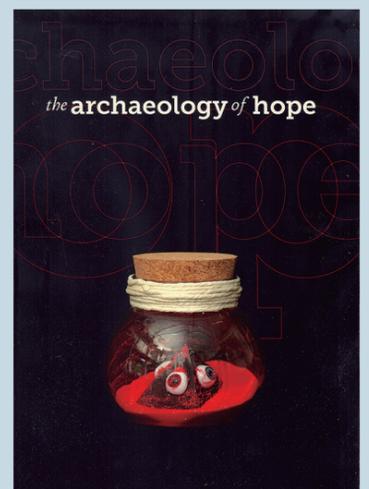
El juego-exposición y las actividades surrealistas así denominadas, tuvieron lugar durante el solsticio de invierno de 2016 y culminaron en el solsticio de verano de 2017 (Hemisferio Norte), en la localidad de Shanklin, Isla de Wight. El libro-catálogo con los resultados del juego, documentos y testimonios, ya se encuentra disponible:

★ Como libro en rústica, a precio de costo [versión en inglés]:

<http://www.lulu.com/shop/head-louse-press/the-archaeology-of-hope/paperback/product-23484433.html>

★ Como pdf gratuitamente descargable:

<https://www.dropbox.com/s/ocnrvrpab90m3/The%20Archaeology%20of%20Hope.pdf?dl=0>



★ THE ARCHAEOLOGY OF HOPE ★

En la noche del 2 de diciembre de 2017...

En la noche del 2 de diciembre del 2017 sostuve, en el transcurso de un sueño, una conversación con Luis Alberto Spinetta (de quien el 8 de febrero próximo, se cumplirán seis años de su muerte). Hablábamos parados en la calle, no recuerdo en qué esquina, hasta que en un momento él me formula expresamente un encargo. Me pregunta si el lunes siguiente, en horas de la mañana, podría alcanzarle un ejemplar de «El Hemofílico». Precisa que necesita el número 2 de la revista, no otro; y menciona que para esa fecha, en su propia casa, festejará el cumpleaños de su amigo Sergio Pujol (no llego a comprender si es para dárselo como regalo, o para mostrarle algo que pudiera encontrarse entre sus páginas). Y eso es todo lo que recuerdo.

Al despertarme, me puse a pensar en lo que entonces había publicado en ese número aparecido en 1976. Si su extenso reportaje o el dibujo de su hermano Gustavo, o el poema de Baudelaire, «El hombre y el mar», o la oda al océano extraída del *Primer Canto* de Lautréamont. Figuraba también un dibujo que había desagradado al pintor Alfredo Martínez Howard (h), pero que había sido del gusto de Spinetta: un *bebé cíclope* de mirada saturnina, piel y huesos prácticamente, apoyado sobre un almohadón de plumas. La

alusión a Pujol, en cambio, me dejaba completamente perplejo: ignoraba que ellos fueran amigos, ni siquiera lo conocía y apenas si vagamente su nombre me sonaba familiar. Busqué en internet: periodista, historiador, docente, ensayista especializado en la música popular; autor de libros como: «Rock y dictadura, crónica de una generación 1976-1985», «Jazz al Sur», «La música negra en la Argentina», entre otros.

Por supuesto, el lunes por la mañana tomé un sobre, coloqué en su interior una copia de «El Hemofílico» — publicación que un año más tarde sería prohibida por la dictadura — y me encaminé directamente hacia el lugar del encuentro. Para llegar a la que había sido la casa de sus padres, en el Bajo Belgrano, tuve que recorrer la arteria principal del Barrio Chino. Era una fresca mañana de diciembre, con el cielo por momentos despejado y en un silencio de sueño.

Ya estaba en el frente de la casa, se veía habitada todavía, aunque entornadas totalmente las persianas. Y entonces, extraje la revista del sobre — tal como lo había hecho en otras ocasiones pero hacía más de 40 años — y deslicé el ejemplar por debajo de la puerta.

JUAN CARLOS OTAÑO

Cefaléutica de Buenos Aires.

Toponimia y guía histórica de los decapitados de Capital Federal.

EL CID (BARRIO DE CABALLITO)

La plazuela El Cid Campeador alberga, casi en su totalidad la escultura de Rodrigo Díaz de Vivar (1048-1099) junto a su caballo Babieca. La obra fue emplazada en Buenos Aires el 13 de octubre de 1935. Un día antes se había celebrado «El Día de la Raza», que la institución llamada Unión Íbero-Americana instauró desde el otro lado del Atlántico como «Fiesta de la Raza Española» en 1914.

En el acto de inauguración el historiador Ricardo Levene (1885-1959), quizá obligado por la coyuntura del momento, expresó:

“La conquista de América fue popular como lo había sido la reconquista hispánica. La individualidad ejemplar de la nueva epopeya es como la del Cid, la que al frente de sus mesnadas o huestes sigue sus rutas ideales y avanza con la ley, la espada y la cruz...”

Esta idea del Cid que “avanza con la ley, la espada y la cruz” como paladín de la cristiandad es difícil de encajar con las crónicas que desde el siglo XII nos llegan de Don Rodrigo, el cual ofreció sus servicios de guerrero a reyes cristianos y musulmanes según se presentaran las circunstancias:

Paje del príncipe Sancho, luchó a favor del rey de Zaragoza al-Muqtadir, contra el cristiano Ramiro I de Aragón. Con Alfonso VI, rey de León, contra el hermano de este, García, rey de Galicia. Aliado a Abdalá ibn Buluggin de Granada, combate a García Ordoñez y Almutamid de Sevilla. Al servicio de al-Musta'in II de Zaragoza, se enfrentó a al-Mundir de Lérida, aliado, este último, con el cristiano Ramón Berenguer II de Barcelona y Sancho Ramírez de Aragón. Cuando el rey Alfonso VI de León le confiscó sus bienes “por traición a su reino” el Cid invadió La Rioja. La *Historia Roderici*, escrita en 1190 refiere a esta incursión:

“Rodrigo abandonó Zaragoza con un ejército innumerable y muy poderoso, y penetró en las regiones de Nájera y Calahorra, que eran dominios del rey Alfonso y estaban sometidas a su autoridad. Peleando con decisión tomó Alberite y Logroño. Con brutalidad y sin piedad destruyó estas regiones, animado por un impulso destructivo e irreligioso. Se apoderó de un gran botín, pero ello fue deplorable. Su cruel e impía devastación destruyó y asoló todas las tierras mencionadas.” La base de la escultura del Cid, realizada en

piedra traída de Burgos, refuerza en letras doradas el concepto emitido desde la península: EL CID CAMPEADOR ENCARNACIÓN DEL HEROÍSMO Y ESPÍRITU CABALLERESCO DE LA RAZA.

El idealismo de la frase busca celebrar en la fecha del 12 de octubre de 1492 el encuentro y fusión entre los pueblos indígenas de América y los colonizadores españoles. Es verdad que aquellos españoles llegados al Nuevo Mundo fueron pródigos en simiente por amor a la conquista, al sexo y a las riquezas de oro y plata, aunque más de una vez — o casi en todas — dejaron de lado los mandamientos bíblicos que podían entorpecer su tarea. La prodigalidad de la Raza instituyó un sofisticado escalafón de castas: mestizo (indio con español), mulato, (español con negra), morisco (español con mulata o musulmán obligado a convertirse al cristianismo), zambo, (entre africano e indio), pardo (cruza de español, indio y africano), marrano, (judío converso), moreno (negro libreto), criollo (hijo de español nacido en América), castizo (español con mestiza), coyote (indio con mestiza), lobo (negro con india), zambaigo (lobo con india), albazarrado (indio con zambaiga), chamizo (indio con albazarrada), cambujo (indio con chamiza), negro pelo liso, etcétera.

Por último, la frase “espíritu caballeresco” podría conducirnos a imaginar a un señor que le abre con ademán gentil la puerta a su dama. En el caso de Don Rodrigo los cantares de gesta narran como le cortó la mano y la cabeza al Conde Lozano, padre de su esposa, Doña Jimena.

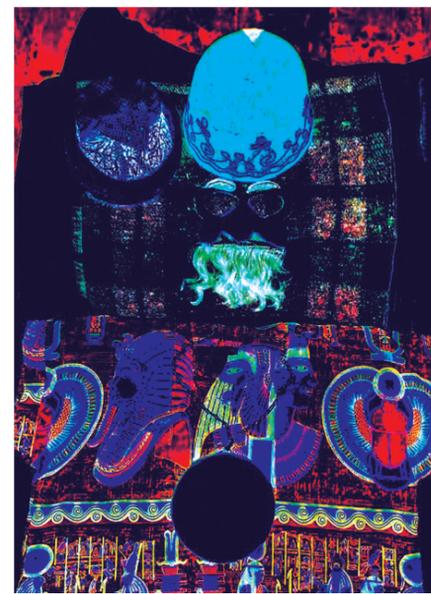
FUENTES:

Rodrigo el Campeador, Manuel Malo de Molina, Imprenta Nacional, Madrid, 1857 / Ramón Menéndez Pidal: *La España del Cid*, Antonio Ballesteros-Beretta, Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo 98, cuaderno I (enero-marzo 1931), pp. 26-39 / *La Historia Roderici* y el párrafo en cuestión aparece citado en *El Cid*, de Richard A. Fletcher, Editorial Nerea, 4ª edición, 2007, p. 226 / La clasificación de las castas aparece citada en *Sociedad colonial*, de José Torre Revello, en *Historia de la Nación Argentina*, Vol. IV, El Ateneo, Buenos Aires, 1956, p. 305 / *El Cid Campeador, arquetipo de los héroes hispanoamericanos*. Discurso inaugural de Ricardo Levene del 13 de octubre de 1935, el texto completo puede consultarse en: <http://miscelaneapasarratos.blogspot.com.ar/2014/01/sobre-el-cid.html>

VICENTE MARIO DI MAGGIO
Director encargado del Tre.



GERARDO BALAGUER
Hora del té en la casa del fantasma



GERARDO BALAGUER
Entonces los pájaros soñaron

Están llamando.

Un salto de pulga como el de una carretilla sobre las rodillas de los adoquines

una pulga en una escalera donde yo viviría contigo

mientras el sol como una botella de vino tinto

se convierte en un negro

en un esclavo negro bajo los azotes

Pero te amo como el crustáceo ama a su arena

donde alguien lo encontrará cuando el sol tenga la forma de un frijol

que comenzará a brotar como un guijarro mostrando su corazón en la tormenta

o de una caja de sardinas entreabierta

o de un velero cuyo foque ha sido desgarrado

Me gustaría ser la proyección pulverizada del sol sobre el ornamento de hiedra de tus brazos

ese pequeño insecto que te hizo cosquillas cuando te conocí

No

esa irisada efímera de azúcar no se me parece más que el muérdago del roble

que sólo tiene una copa de ramas verdes donde se aloja un par de petirrojos

Me gustaría ser

porque sin ti apenas sería una brecha entre los adoquines de las próximas barricadas

tengo de tal modo tus senos contra mi pecho

que dos cráteres humeantes se dibujan como un reno en una caverna

para recibirlos como la armadura recibe a la mujer desnuda

esperada desde el fondo de su óxido

licuándose como los vidrios de una casa en llamas

como un castillo en un gran desfiladero

como un barco a la deriva

sin ancla ni timón

hacia una isla poblada de árboles azules que me hacen pensar en tu ombligo

una isla en la que contigo quisiera dormir

BENJAMIN PÉRET
«Un point c'est tout», 1946.